

el bien de los fieles. El reconocimiento á los Ilmos. Sres. Munguia, Labastida y Espinosa deben conservarse siempre vivo en Zamora, Leon, Querétaro, Chilapa, Talancingo, Veracruz y Zacatecas, por haberles procurado el gran beneficio de tener hoy sus Obispos propios.

Apesar de las circunstancias que hoy atraviesa la iglesia despojada de sus bienes, los nuevos pastores establecieron sus iglesias é hicieron grandes bienes; cinco de ellos han recibido un eterno galardón y los dos que han sobrevivido, son admirados por sus laboriosas tareas.

Llevada á cabo la division, se tuvo un acierto muy feliz en la eleccion de los Obispos que debian fundar esas diócesis.

Loor eterno al Sr. Munguia por haber postulado al Santo Obispo de Zamora el Ilmo. Sr. Peña; al zelosísimo y sapientísimo Obispo de Leon y al venerabilísimo y doctísimo Sr. Garate dignísimo Obispo de Querétaro.

Loor eterno igualmente al Sr. Espinosa por haber postulado al Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Mateo Guerra, meritísimo Obispo de Zacatecas, gobernada hoy por un hermano suyo, que en su glorioso pontificado no solo ha llevado á termino los bienes del virtuosísimo fundador sino les ha dado suma amplitud.

La diócesis Veracruzana así como la Chilapeña y Talancingueña, deben proclamar constantemente mil alabanzas al dignísimo cometropolitano de los Sres. Munguia y Espinosa, por haber postulado al justo Sr. Suarez, al humilde é intachable Sr. Serrano y al eloquentísimo Sr. Ormaechea.

Los nombramientos de tan beneméritos y dignos prelados llegó á México en tiempos aun muy difíciles para la Iglesia, los católicos aplaudieron estas elecciones y los impíos se burlaron. Aun recuerdo el editorial que sobre este asunto, publicó entónces "el Siglo XIX."

La intervencion francesa, era una pequeña tregua de paz que la Divina Providencia concedia á su Iglesia, para llevar adelante la multiplicacion de los pastores, conforme lo habia decretado el Vicario de Jesucristo.

En fines de 1863 y principios de 1864 llegaron sucesivamente los señores Obispos que habian llorado en el destierro y por tres años, los males de sus diocesanos.

El Sr. Suarez luego que recibió su nombramiento para ir á establecer el Obispado de Veracruz, se estremeció. El que habia dado tantas muestras de sabiduría, que habia perfumado con sus santos ejemplos á Orizava y á Puebla, que

habia gobernado la nave angelopolitana con tanta destreza en borrascosas circunstancias, no se cree á propósito para el cargo que le conferia el Santo Padre, gime, llora, multiplica sus plegarias, consulta y aun trató de alejar de si esta empresa. Mas en vano, la obediencia á su director y la energia del Ilmo. y Rmo. Sr. Labastida, que traia instrucciones del Soberano Pontífice de no admitir ninguna renuncia, obligaron al Sr. Suarez á prepararse para recibir la plenitud sacerdotal.

¡Qué hermosa fué su preparacion! ¡Cuántas oraciones se elevaron al cielo para que descendiesen abundantísimas gracias sobre el electo Obispo de Veracruz. Un sacerdote que le fué á felicitar por tan feliz eleccion le contestó *encomiéndeme vd. mucho á Nuestro Señor; haré cuanto pueda, le contestó. ¡Ojalá y haga vd. cuanto pueda!* Cuántos en efecto, prometen encomendar á uno en sus oraciones y cuán pocos son los que deveras lo hacen!

El Ilmo. Sr. Colina habia llegado á Puebla el 7 Febrero 1864, tres meses despues, es decir el 8 de Mayo se presentaba en su basílica, henchida de fieles, suntuosamente engalanada, allí iba á celebrarse una ceremonia hasta entonces no presenciada y que aquel venerable cabildo apa-

drinaba, cual era la uncion santa de los Sres. Ladron de Guevara, Suarez Peredo y Serrano. El humilde Obispo de Veracruz, no osaba bendecir á los fieles, más advirtiéndolo el Ilmo. Sr. consagrante le manda que lo haga...

Mientras podia ir á Jalapa, capital de la diócesis de Veracruz, el nuevo prelado veracruzino permaneció en Puebla donde celebró su primera misa pontifical en las honras del Sr. Dr. Francisco Javier Miranda y administró en la capilla de San Juan Nepomuceno, conocida por la Mansion, las primeras órdenes, confiriéndole el diaconado al Sr. D. Braulio M. Guerra.

El 30 de Agosto salió con direccion á su diócesis. Traslado la narracion de este viaje, tomándola del tomo XXX *Annales de la Mission* impresos en Paris 1865, pág. 513 y siguientes, en que se encuentra una carta del mencionado padre Recolons á su superior general, traducida del francés al castellano, es como sigue:

"Jalapa, 26 Diciembre 1863.—Desde que el Ilmo. Sr. Suarez, Obispo de Veracruz y que reside en esta, recibió la consagracion, dirigió sus miradas á nosotros, para hacernos como sus precursores y enviarnos á predicar en los diversos lugares de su diócesis. *Este prelado es un santo, no piensa mas que en Dios y en el bien espiritual*

de sus diocesanos. Los proyectos que forma, los cumple sin contar con ningun socorro humano, entregándose con una filial confianza en la Providencia. Solo su exterior revela su gran fondo de virtud, su modestia, su semblante austero, imponen á los que le ven y aun sus enemigos tributan el respeto que no se puede rehusar á los hombres de Dios; basta verle, para sentirse inclinado á la virtud. Manifestó deseo de inaugurar su entrada á la diócesis con una mision, queriendo conservar despues á los misioneros en Jalapa para la direccion de su Seminario Conciliar. Le hice ver, las grandes dificultades que encontraria para conseguirlo, en vista del corto número de misioneros, encontrándose nuestro visitador agobiado por los pedidos que le hacian los señores Obispos recientemente vueltos del destierro ó consagrados para las nuevas diócesis.

En efecto, todos pedian con instancia hijos de San Vicente para sus obispados, y no podia casi contestarles sino rehusándose ó dándoles simples esperanzas. El Ilmo. Sr. Suarez lleno siempre de confianza en la proteccion divina, puso en práctica sus medios ordinarios (oracion y penitencia) y el 16 Mayo, fiesta de San Juan Nepomuceno, á cuyo santo tiene su Ilma. una devocion muy particular, recibió un telegrama

de México de su hermano, á quien eligió por su secretario, anunciándole que habia logrado conseguir lo que deseaba para la mision y para establecer el Seminario. Desde luego consideramos como obra de Dios el cumplimiento de los deseos de este santo Obispo, puesto que habia conseguido solo él, lo que se habia negado á otros prebendados. Comenzamos á disponer el viaje y la fundacion. Encontramos desde luego la dificultad de las guerrillas que interceptan el paso para irnos á Jalapa. Resolvimos esperar hasta que el gobierno tomara medidas sobre esto, pero el tiempo pasaba en estas esperanzas. El Sr. Prebendado de Puebla, D. José María Mora, comisionado apostólico para publicar la bula de ereccion del nuevo obispado, no se atrevia á exponerse á los peligros de este viaje, sin tenernos en su compañía, y como el nuevo obispo debia entrar á Jalapa, nueve dias despues de la publicacion de la bula, era necesario que el Sr. Mora nos precediera. De Puebla á Jalapa hay un camino por donde pasaban las diligencias, y este precisamente es el que está lleno de guerrillas para molestar á los viajeros, y nosotros con más razon debíamos esperar igual trato. No nos quedaba otro medio sino ir á Orizaba y de allí á Jalapa que está situada al Norte; pero otro inconveniente se ofre-

cia, pues ese camino está lleno de precipicios y lugares casi imposibles de pasar en la estación de las aguas, y sobre todo para el Sr. Obispo que nunca había montado á caballo. Sin embargo, su Ilma. poniendo su confianza en la Divina Providencia, se resolvió valientemente á tomar este camino y consiguió que el Sr. Mora se resolviera á seguirle, quien no podía decidirse á emprender un camino tan penoso, prefiriendo esperarse á que el camino de Perote estuviese más limpio de guerrillas.

“El 30 de Agosto salimos en diligencia de Puebla hasta Orizava con el Ilmo. Sr. Suarez, acompañado de dos sacerdotes hermanos suyos D. Ignacio y D. Miguel, el Sr. Mora y nosotros cuatro. Durante este viage, un señor con su esposa, que iban en el mismo carruaje, criticaban atrevidamente este precipitado viaje de su Ilma. que sin experiencia, iba á atravesar un camino tan peligroso. Apesar de estas recriminaciones, todos guardamos silencio; á cada rato decian:

“No sabemos como se atreve el Sr. Obispo á hacer su entrada á Jalapa, indudablemente tendrá que esperarse un mes en Orizava, para que termine la estación de las aguas ó hasta que se hayan corrido á las guerrillas que se han apode-

rado del camino del Perote.” No solo estos viajeros nos hacian estos reproches, sino tambien otras personas. “¡Qué Obispo tan imprudentel ¡Cómo se atreve á venir por Orizava! Desde aquí hasta Jalapa pasará por caminos donde se hará pedazos y será responsable de las piernas que se rompan. Hay que atravesar un rio que es muy caudaloso y donde ó esperarán que bajen las aguas para no perecer en los precipicios y desfiladeros ó irán hasta Veracruz para coger el camino carretero y retroceder á Jalapa, en este caso se encontrarán con las guerrillas de Heredia y de Murrieta y les darán un mal rato.” Esta disyuntiva tan poco alagüena nos espantaba y comenzabamos á peder el animo, pero el Ilmo. Señor firme en la confianza divina, no cambiaba su enérgica resolucion, Llegamos á Orizava á las 7 de la noche el mismo dia 30, en medio de una continúa lluvia. Nos alojamos en casa del Sr. Bringas, donde los habitantes de esa ciudad habian recibido á Maximiliano.

“Un repique bastante lento y sordo anunció la llegada del Sr. Obispo, pocas personas fueron á encontrarle, pues estaban disgustados porque se hubiese fijado en Jalapa y no allí, la residen-

cia episcopal. [1] Al día siguiente administró la confirmación en la parroquia.

[1] Solo por este sentimiento puede explicarse tan frío recibimiento, de aquel que doce años antes había colmado de bienes a los orizaveños, como queda dicho. El Sr. Suarez no tenía parte en esta preferencia, véanse estas comunicaciones:

“Disposición del Sumo Pontífice Pío IX.—Ilmo. y Rmo. Sr.—Nuestro Santísimo Padre, por la carta que de tu Señoría Ilma. y Rma. recibió muy poco tiempo ha, vió con mucho gozo cuanto sea el empeño con que procuras que la erección del nuevo obispado de Veracruz, encargada á tí, se lleve á efecto. Por la mencionada carta, supo también Su Santidad las razones particulares que tiene ese gobierno, para desear que la nueva silla episcopal se fije en la ciudad de Jalapa. Casi al mismo tiempo el ministro mexicano residente aquí, solicitó que se accediese á tales deseos.

Su Santidad, pues, sabiendo muy bien que se hizo mención de la ciudad de Jalapa en el decreto consistorial expedido el día 1.º de Junio de 1850, y confirmado por el de 3 de Noviembre de 1853, en el cual se dejó al ejecutor de la bula. “*Quod olim Propheta*” la facultad de elegir según su prudente arbitrio una de las ciudades, Orizava ó Jalapa; y moviendo además su ánimo las particulares razones, alegadas por tí y por el expresado ministro, oblígán á preferir la última de

“El día 1.º de Setiembre era el fijado para comenzar las fatigas de la cabalgadura y emprender ese famoso paso cuyos horrores tanto nos habían espantado: á las 6 de la mañana sali-

dichas ciudades, determinó se respondiera á tu Señoría por mi conducto, que *prescindiendo* de la ciudad de Orizava, puedas establecer la silla de la nueva Diócesis en la otra ciudad llamada vulgarmente “Jalapa.”

Después de esto, solo me falta protestarte mi grande afecto y rogar al Dios Omnipotente te conceda toda clase de prosperidades.

De tu Señoría Ilma. y Rma. Roma, 16 de Junio de 1855.—Muy obediente servidor, *J. Cardenal Antonelli*.—Una rúbrica.—Al Sr. Clemente Munguia, Obispo de Michoacan.

Ministerio de justicia, negocios eclesiásticos é instrucción pública.—S. A. S. el general presidente en uso de las facultades con que se haya investido por la nación, ha tenido á bien dar pase á este rescripto pontificio.—México, Agosto 4 de 1855.—*Lares*.”

Un impreso suelto, publicado en Jalapa, decía:

“Sí como no es de temerse, al verificarse la erección del obispado veracruzano, se fijara la silla episcopal en población que no fuera central, como lo es la de Jalapa, resentirían un perjuicio considerable los habitantes de los cantones ó partidos de Coatepec, Jalapa, Jalacingo, Misantla, Papanatla y Tuxpam, que tal vez for-

mos distribuidos en tres carruajes, dirigiéndonos á la garita de Escamela. Allí nos esperaban las bestias que nos conducirían por los temidos desfiladeros. A las 11 montamos á caballo, agregándonos otros tres eclesiásticos mas, el subprefecto de Zongolica, que habiendo sabido la llegada del Ilmo. Sr. Suarez, le vino á encontrar á Orizava para suministrarle los medios de transporte. Su llegada habia calmado nuestros temores á este viaje, preparó una mula escogida para su Ilma. y se ofreció á acompañarnos. A las 12 bajamos la profunda barranca de Metlac. Con gran trabajo la pasamos y una suave llovizna [*el chipichipi*] comenzó á mojarnos. A la 1 ½ llegamos á la hacienda de Monte Blanco, donde invitaron á Su Ilma. á almorzar y descansar, pero no aceptó

man la mayor parte del territorio de la nueva diócesis; por consiguiente les convendría más continuar dependiendo de la mitra de Puebla. Dichos habitantes verían con el mayor disgusto que no se cumpliese lo dispuesto en el Breve precedente, y que se puspudiese el bien general de la diócesis al particular de una poblacion ex-céntrica como la de Orizava. No es facil calcular las consecuencias que de este disgusto resultarían. *¡Quiera Dios que nunca se cometa un error tan grave!*"

habiéndose propuesto no detenerse en ningun lugar, sino llegar al que habia fijado para tomar el alimento; continuamos nuestro camino hasta las 2 que entramos al pueblecito llamado *Chocaman*; no pudimos seguir y nos detuvimos á tomar alguna cosa, miétras el Sr. Obispo con el subprefecto continuaron adelante. Eran las 3 ½ cuando los alcanzamos. Poco despues se nos presentó otro precipicio (la Barranca de Tliapa) que parecia enjabonada, desliziéndose á cada momento las bestias, con peligro de tirarnos y caer ellas tambien. La lluvia no habia cesado, esto nos retardaba llegar; por fin entramos al deseado San Juan Coscomatepec, villa á 6 leguas al norte de Orizava. El Sr. Obispo se ocupó en administrar la Confirmacion. Nos alojamos de dos en dos en distintas casas, dándonos un magnífico trato é informándonos del camino que teniamos aun que recorrer, El dia 5 á pesar de las instancias para detenernos, salimos á la 1 ½ de la tarde hácia el famoso precipicio más temible, la Barranca de Jamapa. En efecto, á pesar de las buenas cualidades de los bestias que llevabamos, apenas pasamos el fondo del precipicio teniendo tener á cada momento un peligro, el Sr. Guerra y yo, nos caimos con todo y caballos que no pudieron resistir más la excesiva inclinacion del

terreno. Sin embargo no tuvimos novedad é hicimos las 5 leguas propuestas, llegamos á un lugar donde se oía el lejano sonido de una campana que nos anunciaba aproximarnos á un pueblo. Al terminar la espantosa ascension, descubrimos una planicie donde está situado San Antonio Huatusco. El alegre tañido del campanario anunciaba la llegada del Pastor. Poco despues un grupo vino á nuestro encuentro, era el Cura, otros eclesiástico, el prefecto y muchos particulares que se apresuraban á ser los primeros en besar la mano de su nuevo Obispo. Eran las 5 de la tarde y el rocío del cielo nos mojaba. Las calles estaban engalanadas, formaban valla la guarnicion frances : los cohetes, las cámaras, los repiques, las flores, en fin daban testimonio de la mas pura alegría de un pueblo cristiano al recibir á su prelado, éste extendia la mano para colmarle de bendiciones; al llegar á la iglesia Su Ilma. se apeó, entró bajo palio y entonó el *Te Deum*; concluido, dió la solemne bendicion á sus festivos diócesanos. Nos alojamos todos en el curato, por cierto bastante reducido. Al dia siguiente Su Ilma. determinó la separacion del Sr. Mora de nuestra compañía para que se adelantára hácia Jalapa á desempeñar su comision apostólica. Entónces se presentaba el terrible obs-

táculo del paso al famoso rio. Para evitar el punto más peligroso, era preciso desviarse rumbo á Veracruz y hacer un rodeo de 7 leguas para poder vadear el rio, en donde era ménos difícil. El Sr. Mora partió resuelto á hacer ese rodeo, le acompañaron dos eclesiásticos; sano y salvo llegó á Jalapa y publicó la Bala el dia 9 en la iglesia, hasta entónces, parroquial y despues de la misa mayor.

“Permanecimos en Huatusco acompañando al Ilmo. Sr. Suarez, que con una paciencia verdaderamente apostólica, se ocupó en administrar la confirmacion á centenares y nosotros nos dedicamos á confesar á los adultos que querian recibir este sacramento y el diácono P. Guerra servia á su Ilma. en lo que se le ofrecia en el altar. Así pasamos ocho dias y el número de confirmandos aumentaba, solo 3,500 consiguieron esta gracia. No teniamos un rato de descanso; su Ilma. estuvo á punto de ceder á la fatiga. Predicó los dias 8 y 10.

“Seguimos nuestro derrotero el 12, rumbo á Jalcomulco con intencion de llegar á una hacienda distante seis leguas de Jalapa; á pesar de haber salido en la madrugada era preciso caminar mucho tiempo. Despues de cuatro horas de calalgar, nos rendimos por el cansancio. A las 12

nos encontramos en el *Pinillo*, lugar muy pobre, donde solo habia dos ó tres chozas. Almorzamos y vimos tan fatigado al buen señor Obispo, que temeridad nos pareció dejarle continuar adelante y resolvimos pernoctar en tan poético albergue. Traiamos desde Huatusco dos colchones con los que dispusimos nuestro dormitorio, pasamos la tarde gozando de la hermosura del espectáculo de la naturaleza, y rezando nuestro oficio divino, sentados en la yerba, cuando llegó el momento, hicimos nuestra cena campestre y nos recojimos. Caia entónces una fina llovizna, el techo de nuestras chozas comenzaba á enviar sobre sus huéspedes las liberalidades de la lluvia, pues estaba construido con yerbas y se filtrada el agua; esto dió origen á un espectáculo divertido, cada quien, en el rincon que habia creido más á propósito, comenzó á moverse y buscar otro sitio para evitar los desagradables refrescos y llevaba el colchon como en procesion ya de un lado ya de otro, para tenerlo al abrigo del agua. Para sustituir los cantos procesionales, teniamos los ronquidos de los que se habian dormido y que recibian el bautismo que les daba el techo; en fin nos resignamos á nuestra suerte, por amor de Aquel, que por nosotros quiso nacer en un pesebre y pasamos la noche como se puede

considerar. En la puerta de nuestra habitacion se quedaron los pobrecitos soldados, que venian escoltando á su Ilma. desde Huatusco.

“En fin, amaneció, era el 13 de Setiembre. A las seis de la mañana un frio glacial nos penetraba hasta la médula de los huesos. Despues de un ligero desayuno, continuamos nuestra caminata. Al medio dia hallamos el famoso rio de Jálcomulco que nos detenia el paso, que corre en la sima de una barranca, llegados al borde que debiamos pasar, oimos un ruido sordo; la vista era pintoresca, comenzamos á descender, un sol ardiente nos quemaba por lo que apeteciamos una sombra; á nuestros piés veiamos correr tranquilamente las aguas del citado rio, su vista nos despertaba el deseo que ellas mitigasen nuestra sed; hasta las dos de la tarde lo lo-gramos.

“Preparamos nuestra navegacion, en el lado opuesto al rio habia una multitud de gente que nos esperaba y para manifestarnos su contento nos saludaba con cohetes. La balsa que estaba dispuesta á recibirnos, se habia construido con algunos trozos de madera cruzados para flotar en el agua, semejante construccion no puede servir sino á dos ó tres personas, para no hundirse, En sus extremos tenia unas cuerda



para fijar el movimiento y aseguradas por uno y otro lado del río, para impedir que la corriente de las aguas se la llevase. La balsa que debía pasarnos, estaba adornada con flores y listones. Nos dividimos de tres en tres. El Sr. Suarez D. Ignacio, el P. Learreta y el hermano Reyes, pasaron primero; en el otro viaje pasamos el Ilmo. Sr. Obispo, el P. Guerra y yo. Dejamos la carabana que nos seguía, pasando el equipaje y los caballos, mientras entramos al pueblecillo de Jalcomulco en medio de las demostraciones del amor inocente y sencillo que aquellos buenos indios hacían á su primer pastor. Almorzamos en casa del Sr. cura y despues continuamos nuestro camino. Ya desde este lugar su Ilma. no volvió á montar á caballo porque, de la rica hacienda á donde debíamos pernoctar, le enviaron una litera en la que entró y yo en su compañía. Pudimos acelerar el paso, y apenas á las cinco y media de la tarde, logramos subir el otro lado de la barranca donde encontramos á muchos que venían á nuestro encuentro con banderolas y despues las escoltas. El gozo de la multitud era inmenso. Ya era de noche cuando entramos á la hacienda de Tuzamapan de una familia muy rica y sobre todo religioso, que se esmeró en obsequiar magníficamente á su Ilma., y á la que

tambien debemos eterna y profunda gratitud y parte en nuestras oraciones, ya por la estimacion que ha manifestado al Ilmo. Sr. Suarez, ya por el afecto que ha profesado y profesa á nuestro instituto, quiero hablar de la excelente y bajo todos títulos apreciable familia Gorozpe y Zulueta. Cuando llegamos á las puertas de la hacienda, una armoniosa música se dejó oír, el patio estaba regado con flores y cubierto con arcos, los señores y señoras de esa buena familia, tenían gruesos cirios para alumbrarnos y se apresuraron á doblar la rodilla para besar el anillo de su santo Obispo y conducirle al interior de la casa. Al día siguiente, 14 de Setiembre, despues que su Ilma. celebró el santo sacrificio, administró la confirmacion á los habitantes de la finca, que serían como trescientos. Con tan digna y recomendable familia tuvimos el honor de estar el 14 y 15 recibiendo á cada instante señales de la más esquisita y gran consideracion.

“El 16 nos dirigimos hácia San Gerónimo Coatepec, villa muy bonita situada, á 2 leguas de Jalapa. Una infinidad de personas nos acompañaban, además de la escolta de ordenanza mandada por el general Galvez, iba el Sr. Cervantes Ozta, Conde de Santiago y su hijo. Al medio

dia llegamos al citado lugar; las calles estaban magníficamente engalanadas, el pabellon nacional flotaba en todas partes, porque tambien se celebraba el aniversario de la Independencia de México; la multitud de los habitantes llenaba las calles y la guarnicion formaba la valla. Llegamos á la iglesia parroquial, donde se entonó el *Te Deum* y Su Ilma dió la bendicion pontifical. Nos dirigimos despues á nuestros alojamientos, donde fueron las felicitaciones que, por medio de una comision de su seno, presentó el ayuntamiento de Jalapa á su dignísimo prelado. El dia 17 á instancias del Sr. D. Joaquin Bonilla, nos dirigimos á su hacienda de Zimpizahua donde descansó Su Ilma. Despues volvimos á Coatepec, donde hay tres hermosas iglesias, dos de ellas construidas por el zelo de su digno y virtuoso párroco el Sr. D. Mateo Rebolledo. En la del Sagrado Corazon de Jesus el Sr. Obispo administró la confirmacion."

El Sr. Rebolledo salió de Coatepec el dia diez y siete para tomar posesion del Obispado en la Catedral de Jalapa, en nombre del Ilustrísimo señor Suarez, segun las ceremonias del rito.

"En fin llegó el 18. La mañana era hermosa, el cielo estaba despejado y sereno, este memora

ble dia era el fijado para que el Ilmo. Sr. Suarez entrara á la capital de su diócesis. Todo estaba listo, la muchedumbre que nos seguia, era respetable; á las 9 de la mañana salimos de Coatepec, apénas habiamos andado una legua, vimos á lo léjos, saliéndo entre el bosque, tres elegantes caballeros que parecian militares. era el general Galvez con sus ayudantes que venian á encontrar al Sr. Obispo; al acercarse se apaeron, levantaron la cortina de la litera, saludaron cortesmente á Su Ilma. y respetuosamente le besaron el anillo. Prosiguiendo nuestro camino, encontramos á cada instante personas que corrian al encuentro de su virtuoso pastor. Todo el camino está entre un hermosísimo bosque, lleno de *liquidámbares* y tan pintoresca vista hacia elevar el corazon hácia el Autor de la naturaleza. Al salir del bosque, descubrimos á Jalapa; sus edificios los veiamos adornados; eran las once cuando pasamos por la garita, corria el pueblo en masa, lleno de un entusiasmo santo."

Interrumpo la carta del P. Recolons ya para hacer notar, que el Sr. Suarez llegó sin novedad, fiando, como siempre lo hizo, en Dios y en el cumplimiento de sus deberes, despreciando esas dificultades que suscita el enemigo malo, por medio de ciertas personas meticulosas, que con pra-